

Jesús Marchamalo

**STEFAN ZWEIG,
LA TINTA VIOLETA**

Jesús Marchamalo

**STEFAN ZWEIG,
LA TINTA VIOLETA**

Ilustraciones de
Antonio Santos

Nørdicalibros

2019

© Jesús Marchamalo
© De las ilustraciones: Antonio Santos
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Avda. de la Aviación, 24, bajo P
28054 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com
Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-17651-17-6
IBIC: FA
Depósito Legal: M-4296-2019
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección
y maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Escribía con una letra pulcra, redonda y firme. Una caligrafía cuidada, tinta violeta, en folios y cuartillas de papel grueso que tenían en el encabezado un monograma con sus iniciales, S, Z, convertidas en sello, en divisa.

Era educado, cortés, mirada inquieta, y en su rostro, tez clara y gesto relamido, destacaba un flequillo lacio sobre la frente y el bigote poblado, grave, de una formalidad administrativa.

Vestía con frecuencia traje oscuro, zapatos relucientes, camisas de un blanco immaculado y corbatas en las que siempre brillaba un alfiler con una perla.

Nació en Viena, pocos días antes del trágico incendio del Ringtheatre. El 7 de diciembre de 1881, durante la representación de la ópera de Offenbach *Los cuentos de Hoffmann*, hubo un escape de gas en las candilejas: una explosión apagada, un fogonazo apenas, tras el que aparecieron llamas, al principio inocentes, cautelosas, que se extendieron por el entarimado y acabaron creciendo convertidas en un monstruo voraz.

Alimentado por los densos cortinajes, el terciopelo rojo, los crespones con los colores patrios que colgaban airosos de los palcos, el fuego saltó, ya desbocado, a la platea, y ardieron faldas de encaje y camisas de blanda; se consumieron en pavesas oscuras las corbatas de lazo, los pañuelos de hilo; prendieron las chisteras, el satén, mientras



un humo negro, denso, se adueñaba del aire convertido en cortina irrespirable.

Murieron más de cuatrocientas personas y hubo miles de heridos.

Desde el salón de la casa de los Zweig se veía la plaza del teatro y asomados a las ventanas contemplaron incrédulos cómo el fuego consumía el edificio casi hasta los cimientos. Ese fue el primer recuerdo de Alfred Zweig, que tenía entonces dos años: el caos y los heridos, los coches de bomberos, las llamas amarillas, enormes y en apariencia vivas, reflejadas en los cristales de su casa, tétricas a lo lejos, mientras su hermano Stefan dormía plácidamente en la cuna y a su lado la nodriza, Margarete, canturreaba.

Los Zweig, una familia judía acomodada. El padre, Moritz o Moriz, largas patillas,



quevedos, pelo ensortijado partido milimétricamente en dos por una raya, fue un exitoso empresario dedicado al comercio textil. Alto, delgado, culto, presumía de no haber solicitado nunca un crédito, de que a su nombre jamás se hubiera emitido un pagaré, de no haber contraído deudas en la vida. La madre, Ida Brettauer, hija de un banquero, refinada, políglota, la reina de la casa, fue perdiendo oído después de su segundo parto y acabó llevando una trompetilla a los conciertos, a las conversaciones de café, a las veladas en el salón de casa, mundanas, relucientes —manteles de hilo, cubertería y copas de cristal—, a las que acudían amigos artistas, abogados, industriales de pompa y circunstancia.

Fue un niño de carita redonda, pelo castaño, liso, y mirada vivaz que llamaba la

atención de los viandantes. Una de las historias familiares recordaba cómo un día paró en seco un carruaje ante el parque en el que paseaba con su padre. Era un miembro de la familia imperial que se bajó del coche solo para estrecharle, mullida, sonrosada, la manita.

Una infancia de blondas, trajes de terciopelo y lazos, fotos iluminadas con magnesio y veranos en el balneario de Marienbad, donde los más pequeños cenaban todos juntos en una mesa aparte, tutelados por una institutriz.

Con seis años ingresó en el Wasa-gymnasium, un liceo exclusivo, severo y de una opresiva rigidez, del que siempre conservó un recuerdo oscuro: «miedo», escribió, «severidad», «suplicio», «cárcel».